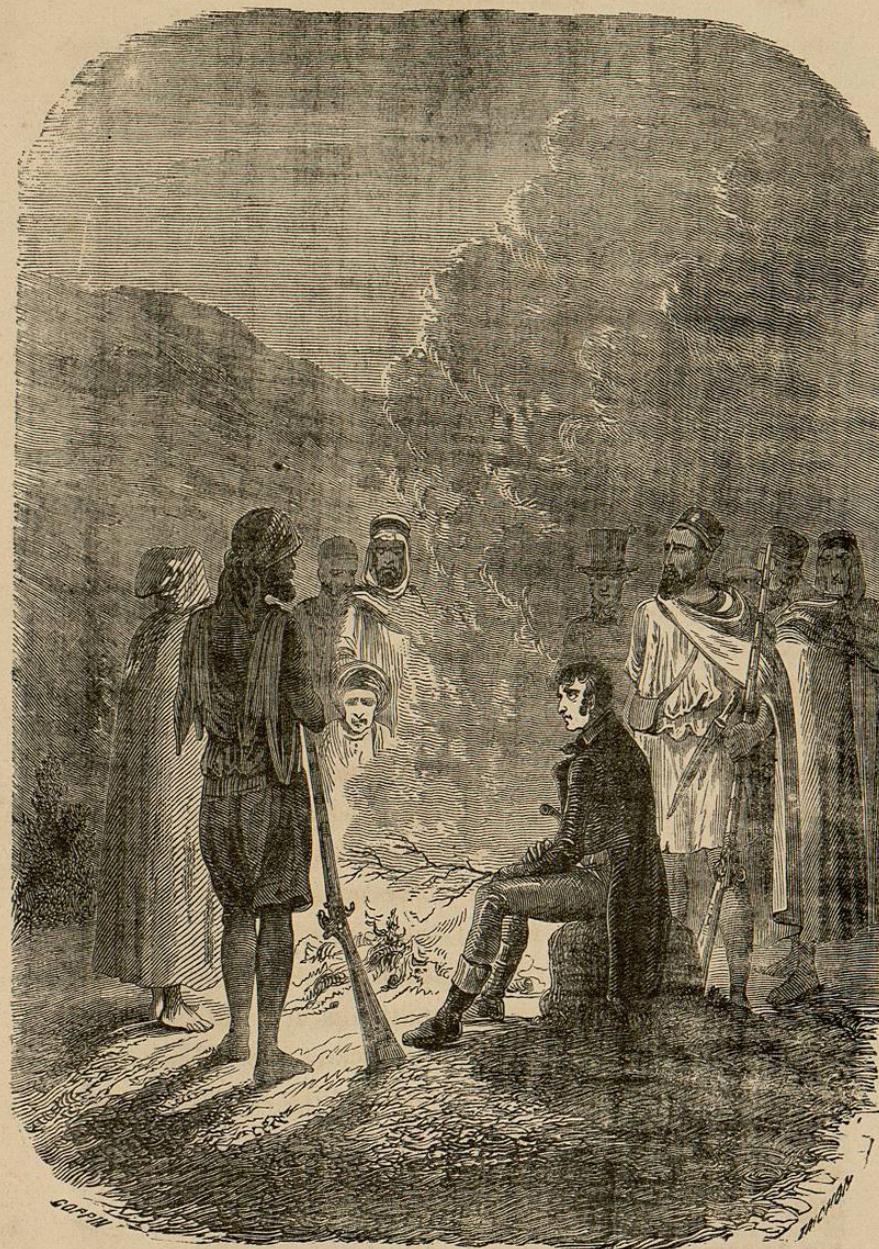


Procedo, et parvam Trojam simulataque magnis
Pergama.....
Agnosco.

Anduve por una larga calle, llamada todavía la *calle de los Caballeros*, y la forman edificios góticos, cuyas paredes se ven cubiertas de divisas gálicas y con los escudos de armas de las mas célebres familias francesas. Allí ví las lises de Francia coronadas, y tan bien conservadas como si se acabasen de esculpir. Los turcos, que en todas partes han destruido los monumentos de Grecia, han respetado los de la caballería; el valor de los infieles se admiró del honor cristiano, y los Saladinos respetaron á los Couci.

Al fin de la calle de los Caballeros se encuentran tres arcos góticos, por donde se pasa al palacio del gran maestre, el cual sirve ahora de prision. Un convento medio arruinado y habitado tan solo por dos religiosos, es lo único que recuerda en Rhodas una religion que tantos prodigios ejecutó allí. Aquellos religiosos me llevaron á su capilla, en la que ví la imágen de una Virgen con el niño Jesus en los brazos, pintada sobre madera y de estilo gótico: al pié del cuadro se ven las armas del gran maestre d'Aubusson. Esta curiosa antigüedad la descubrió hace algunos años un esclavo que cultivaba el jardin del convento. Hay además otro altar dedicado á San Luis, cuya imágen se halla en todo el Oriente, y cuyo lecho de muerte ví yo en Cartago. Dí una limosna para este altar, y encargué á los padres dijese una misa para que Dios me diese buen viaje, como si ya previese los peligros que habia de correr en las costas de Rhodas, cuando volviese de Egipto.



El puerto mercantil de Rhodas seria bastante seguro si se restableciesen las obras antiguas que le defendian. En lo interior de este puerto se ve todavía una muralla flanqueada con dos torres, las cuales, segun la tradicion del país, ocupan el lugar de las dos rocas que servian de base al coloso; y aunque es bien sabido que las naves no pasaban por entre sus piernas, como se cree vulgarmente, hablo de él por no olvidar nada.

Cerca de este primer puerto se encuentra la dársena de las galeras y el astillero, en el que entonces se estaba construyendo una fragata de treinta cañones, con madera cortada de los bosques de la isla; cosa que me pareció digna de notarse.

Las costas de Rhodas por el lado de la Caramania (la Doride y la Caria), están casi al nivel del mar; pero la isla se eleva en lo interior, sobresaliendo principalmente un monte aplastado en su cumbre, del cual hablan todos los geógrafos antiguos. Aun quedan en Lindo algunos vestigios del templo de Minerva: Camiro y el Ialyso desaparecieron. Rhodas proveia antes de aceite á toda la Anatolia; pero en el dia no se coge ni aun el suficiente para su consumo interior. Las viñas dan muy buen vino, muy parecido al del Ródano, y tal vez llevaron allí los sarmientos los caballeros del Delfinado; y así es que los llaman, como en Chipre, *vinos de la Encomienda*.

Nuestras geografías nos dicen que se fabrican en Rhodas muy buenos terciopelos y tapices; mas la verdad es que toda la industria se reduce á algunas telas bastas. Este pueblo, cuyas colonias fundaron en otro tiempo á Nápoles y á Agrigento, apenas ocupa en el dia un rincon de su desierta isla. Un agá con unos cien genízaros bastan para guardar aquellos tímidos esclavos; ni se entiende cómo

la órden de Malta no ha procurado reconquistar este su antiguo dominio, pues le hubiera sido fácil apoderarse de esta isla y reparar las fortificaciones, que aun se hallan en buen estado; y los turcos no los hubieran podido arrojar de aquella posicion, pues habiendo sido los primeros que en Europa abrieron trincheras delante de una plaza, son ahora los mas ignorantes en el arte de sitiarse.

El 25 á las cuatro de la tarde me despedí de Mr. de Magallon, á quien dejé unas cartas que me ofreció mandar á Constantinopla por la via de la Caramania. Volví en mi caíque abordo del navío que estaba ya para hacerse á la vela con un piloto costanero, que era un aleman establecido hacia muchos años en Rhodas. Inmediatamente dirigimos nuestro rumbo hácia una punta de la Caramania, llamada en otro tiempo el promontorio de la Quimera en Lycia. Rhodas presentaba á lo lejos y á nuestra espalda una línea de costas azuladas bajo un cielo de oro. Distinguíanse cortando esta línea dos montes cuadrados, que parecían cortados para formar las bases de otros tantos castillos, semejantes al Acrópolis de Corinto, de Atenas y de Pérgamo.

El día 26 fué aciago. La calma nos detuvo sobre el continente del Asia, casi en frente del cabo de Chelidonia, que forma el promontorio ó la punta del golfo de Satalia. A nuestra izquierda descubria las elevadas cimas del Crago, y recordé los versos de los poetas que hablan de la frígida Lycia. Entonces no podia prever que maldeciria un día las cumbres de aquel Tauro, que en este instante me complacia en admirar, y contar entre los montes célebres cuyas cimas habia tenido el gusto de ver. Como las corrientes eran tan violentas, nos hicieron perder el rumbo, como lo echamos de ver al día siguiente: como el buque iba

en lastre, incomodaban extraordinariamente los balances. Rompióse el tope del palo mayor y la verga de la segunda vela del palo de mesana, lo cual, para marineros tan bisoños, era una gran calamidad.

No deja de ser muy chocante el modo de navegar de los griegos. El piloto permanece sentado, con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, y sostiene la caña del timon, que para llegar al nivel de la mano que la dirige, va frotando con el entablado de popa. Delante del piloto, medio derrumbada, y por consiguiente inútil, se ve una brújula que él no entiende ni observa. Al menor amago de peligro se estienden sobre la cubierta algunos mapas franceses ó italianos; entonces la tripulacion se tumba boca abajo, el capitan el primero, y se da principio á su examen, siguiendo con el dedo los perfiles y las líneas, y trátase de reconocer el lugar en donde se encuentran. Cada uno emite su opinion, y siempre se concluye sin haber comprendido aquellos garabatos de los francos: se vuelven á plegar los mapas, amáinanse las velas, y cogiendo segunda vez la pipa y el rosario, se encomiendan á la Providencia, esperando un acontecimiento. Hay buque que en esta disposicion corre doscientas á trescientas leguas fuera de rumbo, y tal vez va á anclar en la costa de Africa en lugar de la de Siria; pero esto no impide, sin embargo, que toda la tripulacion se ponga á bailar al primer rayo del sol. Los antiguos griegos no eran, bajo muchos conceptos, mas que unos niños amables y crédulos, que pasaban de una profunda tristeza á la mas loca alegría con una estraña rapidez; y los griegos modernos no han dejado de conservar en parte este carácter: á lo menos no son del todo desgraciados, porque siquiera encuentran en su misma inconstancia un recurso contra sus miserias.

A las ocho de la noche se fijó el viento al Norte, y la esperanza de tocar pronto al término de su viaje, reanimó á los peregrinos. Nuestro piloto aleman nos anunció que al amanecer descubriríamos el cabo de San Ifano, en la isla de Chipre. Con esta noticia ya no se pensó mas que en gozar de la vida. Reuniéronse en el puente para cenar, y se dividieron en diferentes grupos ó ranchos, enviando cada uno á su vecino lo que habia de menester. Yo reuní conmigo la familia que ocupaba el camarote en frente del mio á la entrada de la cámara del capitan. Componíase de una mujer, dos niños y un viejo, padre de la jóven peregrina. Por tercera vez hacia este viejo el viaje á Jerusalem, y como no habia visto jamás á ningun peregrino latino, lloraba de gozo cada vez que me hablaba. Cené, pues, en compañía de esta familia. La luna parecia mecerse entre los mástiles y las vergas del navío, ora apareciendo entre las velas y llenando el buque con su luz, ora oculta detrás de las mismas velas envolvía en sombras los grupos de los peregrinos. ¡Quién no hubiera bendecido en aquel momento la religion, al contemplar aquellos doscientos hombres tan felices en aquellos instantes, y que, sin embargo, eran unos pobres esclavos encorvados bajo el peso de una enorme esclavitud? Dirigíanse al sepulcro de Jesucristo para olvidar la pasada gloria de su patria y consolarse en sus presentes calamidades. ¡Cuántos dolores secretos iban á depositar dentro de poco en el pesebre del Salvador! Sí, porque cada oleada que nos arrastraba hácia aquella santa playa, se llevaba consigo algunas de nuestras penas.

En la mañana del 27 nos hallamos, con estraña sorpresa del piloto, navegando en alta mar, sin distinguir la tierra; pero echándose el viento, se hizo otra vez general la consternacion. ¡Dónde estamos? ¡Nos hallamos lejos ó

sobre las costas de la isla de Chipre? Estas preguntas se repitieron de continuo durante el dia. Para aquellos marineros era hablar en hebreo el indicarles que tomasen la altura. Aun se hallaron mas embarazados cuando por la tarde comenzó á respirar una brisa. En este caso, ¿cuál debia ser el rumbo? El piloto, que creia encontrarse entre la costa septentrional de la isla de Chipre y el golfo de Satalia, queria virar hácia el Mediodía para reconocer la primera; pero el resultado hubiera sido que si hubiéramos salvado la isla, nos hubiéramos dirigido rectamente á Egipto. El capitan sostenia que era preciso bogar al Norte, á fin de tocar en la costa de Caramania; mas esto era volver atrás, y aun en este caso el viento era contrario. Entonces se me pidió mi parecer, porque en lances algo difíciles los turcos y los griegos recurren siempre á los francos. Yo fuí, pues, de opinion que dirigiésemos el rumbo al Este, por una razon muy sencilla, porque nos hallábamos ó dentro ó lejos de las costas de Chipre, y en uno y otro caso era conveniente dirigirnos al Levante. Además, si nos encontrábamos cerca de la isla, no podíamos dejar de descubrir en breve la tierra á derecha ó la izquierda, ora fuese el cabo Anémur, en Caramania, ó el cabo Cornachiti, en Chipre. Nosotros debíamos, pues, doblar la punta oriental de esta isla para navegar en seguida á lo largo de la costa de Siria.

Este consejo se aprobó como el mas acertado, y dirigimos la proa al Este. El dia 28 á las cinco de la mañana reconocimos con general placer el cabo de Gatta, en la isla de Chipre, que dejábamos á unas diez y ocho leguas al Norte, hallándonos por consiguiente en la verdadera direccion de Jaffa. Las corrientes nos hicieron largar hácia el Sud-oeste.

Al mediodía se echó el viento y siguió la calma hasta el 29. En este día llegaron á bordo tres nuevos pasajeros, esto es, dos aguzanieves y una golondrina. No sé lo que pudo obligar á los primeros á abandonar los ganados; en cuanto á la segunda, podía muy bien dirigirse á la Siria, de regreso acaso de Francia. Estuve tentado de preguntar al huésped noticias de aquel techo paternal que habia dejado hacia tanto tiempo.¹ Recuerdo que en mi infancia pasaba horas enteras en seguir con una especie de tristeza el vuelo de las golondrinas durante el otoño; parecia que un secreto instinto me indicase que llegaria yo á ser viajero como aquellas aves. A fines de Setiembre se reunian en un grande estanque, y allí exhalando repetidos gritos, y ejecutando mil evoluciones sobre las aguas, parecia que ensayaban sus alas para sus largas peregrinaciones. ¿Por qué, pregunto yo ahora, apreciamos mas entre todos los recuerdos de nuestra existencia, los que se hallan mas cerca de nuestra cuna? Las satisfacciones del amor propio, las ilusiones de nuestra juventud no se ofrecen con atractivos á nuestra imaginacion; antes por el contrario, hallamos en ellas mucha aridez, mucha amargura; pero las circunstancias menos notables despiertan en el fondo de nuestro corazon las sensaciones de la primera edad, rodeadas siempre de nuevos encantos. A orillas de los lagos de América, en medio de un desierto desconocido, que nada recuerda al viajero, en medio de un país que solo tiene la grandeza de la soledad, bastaba una golondrina para reproducir en mi memoria todas las escenas de los primeros años de mi vida, como las reprodujo tambien en el mar de la Siria, á la vista de un país antiguo, y retumbando en mi oído la voz de los siglos y de las tradiciones de la historia.

1 Véase el libro XI de los *Mártires*.

Las corrientes nos llevaron luego hácia Chipre, y descubrimos sus costas arenosas, bajas y áridas al parecer. La mitología colocó en esta isla sus fábulas mas voluptuosas.¹

Ipsa Paphum sublimis abit, sedesque revisit
Læta suas, ubi templum illi, centumque Sabæo
Thure calent aræ, sertisque recentibus halant.²

Para reconocer la isla de Chipre vale mas atenerse á la poesía que á la historia, á menos que no se recuerde con placer una de las mas escandalosas injusticias del pueblo romano y una expedicion vergonzosa de Caton. Pero no deja de ser chocante ver los templos de Amatonta y de Idalia convertidos en torreones de la edad media. Un hidalgo francés era rey de Pafos, y los barones de la misma nacion, cubiertos con sus cotas y sobrevestas, se acantonaban en los santuarios de Cupido y de las Gracias. Se puede leer en el *Archipiélago* de Dapper toda la historia de Chipre, y en el abate Mariti las revoluciones modernas y el estado actual de la isla, que todavía es de bastante importancia por su situacion.

El tiempo era tan hermoso y el aire tan plácido, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre cubierta. Yo disputé un rinconcito del castillo de popa á dos monges griegos, que no cedieron sin gruñir un buen rato. El 30 de Setiembre, estando yo durmiendo todavía á las seis de la mañana, me despertó una confusa gritería: abrí los ojos y ví á todos los peregrinos que miraban hácia la proa del navío; pregunté qué era aquello, y me respondieron: *¡Signor, il Carmelo!* Se habia levantado el viento el día anterior á

1 Véase los *Mártires*, lib. XVII.

2 Véase la nota D, al fin del tomo.